

El árbol

Pedro Gda

EL ÁRBOL



Pedro

Capítulo 1

Las dos cuerdas se elevan paralelas y firmes para alcanzar la rama, estrangulándola. Se hunden en su corteza abrazadas a madera vieja. La piel del árbol se recrece sobre ellas envolviéndolas, como si quisiera arroparlas protectora. Apenas asoman ya unos nudos tan simples como imposibles de deshacer.

En un espacio de tres palmos, contenida entre esos dos ancestrales corsés de esparto que la abrazan, la rama se engrosa abultada, preñada del tiempo que lleva ejerciendo su ferviente servicio. Un poco más allá de la última estrangulación, liberada de su opresión, continúa fina, casi menguante, aliñada con unas pocas hojas. Son las últimas hojas del viejo árbol, que en cada movimiento rítmico que el columpio imprime a su pausado vaivén, desgrana su tiempo dejándolas caer. Un tiempo que no sabe cuando acaba, pero que el árbol siente ya escaso. El aligerado peso de sus ramas, tan frondosas y verdes en otro tiempo, así se lo insinúa.

Es un viejo árbol que se siente afortunado. En ese columpio que mece y que ya no recuerda qué día empezó a colgar de su rama, al que ya casi ni da sombra, tiene un visitante fiel. Es su amigo, que entre proeza y proeza, regresa a él, siempre puntual, para disfrutar de su balanceo.

El sol de la tarde casi no calienta ya. Las nubes avanzan lentas encaminadas hacia el horizonte, transportadas por una brisa que silba una canción diferente a la de otros días. Es un río de aire vaporoso que se torna del rosa al casi rojo para verterse lejos de su mirada.

El árbol piensa que tras las montañas sucede algo oculto a los ojos de los hombres y recuerda cuando era joven y creía que, con el tiempo, cuando creciera, podría ver tras ellas, pero nunca creció lo suficiente. Muchos años después, sigue disfrutando cada tarde de su imagen mientras mece sus ramas. En su mirada se entrevera un ensueño e imagina una fragua escondida en la que Dios amartilla las nubes en secreto, ajeno a que el fulgor de sus golpes mudos, que inundan todo de fuego, delatan su titánica tarea.

Esta tarde, por primera vez, el viejo árbol siente nostalgia. Sabe que ya no podrá confirmar su sospecha y piensa que le gustaría ser pájaro y viajar tras las montañas y ver a ese Dios Herrero allí en su fragua, golpeando en su forja el cielo.

Los tobillos desnudos de unos casi infantiles pies de plantas inmaculadas, se mueven hacia atrás para tomar impulso. Al tocar el reverso de la tabla y sentir el roce desnudo de la madera, se lanzan rápidos hacia el horizonte y tras ellos les siguen unas fuertes piernas, que asoman por debajo de una túnica blanca. Y su cuerpo y sus manos, que se aferran a

las cuerdas que se anudan al árbol. Y su pelo rubio que se mece al viento. Y la mirada de un inocente infante que se eleva desde el suelo en cada balanceo para alzarse sobre el horizonte y ver enmarcado, entre sus pies extendidos, el incendio del cielo. Y el ángel sonríe y el árbol piensa de nuevo, que quizá su amigo, ahí, desde lo más elevado de su balanceo, ha conseguido ver, por fin, lo que él cada tarde intuye en silencio.

Abajo, a sus pies, entre las raíces que afloran en la tierra, la hierva crece larga y extiende sus brotes al cielo. Sus insignificantes briznas se alzan erguidas como brazos de fieles que ruegan en sueños. La hierva busca ansiosa rozar las alas del ángel, que en cada vaivén lo acompañan en su balanceo. Ellas aletean revoltosas en divertido equilibrio, como si el columpio les diera recreo y las librara, por unos instantes, de elevar a su dueño. Se sienten otras viajeras más en aquel trapecio y ajenas a todo, comparten su asueto. Y el ángel se sigue meciendo y la rama cruje, y otra hoja más, la última del viejo árbol, se desprende de él, tras su último balanceo. Y el árbol se sueña hoja y escapa en ella de su tronco muerto.

El columpio se detiene y la humilde hierva, acoge vehemente unos pies frescos y solemnes que sostienen de pie al ángel que ahora también reposa sobre ella sus emplumadas alas. Su mirada sigue atenta el viaje sinuoso de la hoja hacia el suelo. Él alza el brazo y abre su mano con la palma totalmente extendida hacia el cielo. La hoja se posa despacio sobre ella y el ángel, al sentir su llegada, la envuelve dulce en su mano, entre sus largos dedos.

Las alas se arquean, adquieren una tensión inusual, se ha acabado su recreo. En un batir sereno elevan al ángel, que ya no toca el suelo. Un crujido seco suena a su espalda y un instante después, la vieja rama, las cuerdas y el columpio yacen en el suelo.

La hierva se siente bendita por besar ese trozo de cielo. El viejo árbol, ya totalmente desnudo y amputado de su brazo más afortunado, descansa en silencio. Ese ensueño suyo de cada atardecer, de rojos fulgurantes sobre el negro de las montañas recortado sobre el cielo en el horizonte, ahora le es ajeno.

La hoja siente que su vista se eleva con el ángel y avanza. Deja atrás la figura familiar de un viejo árbol y los rosas pálidos, y los más intensos. El silbido del viento se hace distante. Ahora vuela hacia los rojos que morían tras las cumbres, donde empezaban sus sueños.

Su amigo el ángel se detiene, extiende su mano de nuevo y el árbol, que por un momento fue hoja, que ya no se siente viejo, ni siquiera árbol, mira entre sus dedos y ve un río cargado de rojos negros que viene desde el horizonte por el que navega su mirada, donde nacen los blancos, los

rosas y sus sueños. Ahora es un pajarito que eleva libre su vuelo.

Un herrero que trabaja en su forja observa que un pajarito se posa en su hombro y le mira saltarín. Él se detiene un instante, le sonríe y retoma su tarea, acrisolando los cielos.